

1



Me llamo Nicole Sparks. Bienvenidos al primer día del peor verano de mi vida.

–Colie –dijo mi madre con un suspiro mientras avanzaba por el andén hacia mí. Llevaba uno de sus conjuntos deportivos FlyKiki, el de color morado; parecía una uva reluciente. Su ayudante, de pie junto a la puerta de la estación, lanzó una mirada mal disimulada al reloj–. ¿Te importaría dejar de poner cara de sufrimiento?

Le ofrecí una sonrisa falsa y crucé los brazos con más fuerza.

–Ay, todavía peor –dijo. Otro suspiro–. Con ese color de pelo y eso que te has puesto en el labio tienes un aspecto horrible, incluso cuando sonríes.

Se acercó; sus deportivas rechinaban sobre el asfalto. Como todo lo demás, eran nuevecitas.

–Cielo, sabes que es lo mejor. No puedes quedarte en casa sola todo el verano. Te sentirías muy sola.

–Tengo amigos, mamá –dije.

Inclinó la cabeza, como si lo dudara.

–Ay, cielo –repitió–. Es lo mejor.

Lo mejor para ti, pensé. El problema de mi madre es que siempre tenía buenas intenciones. Pero no pasaba de ahí.

–Kiki –dijo su ayudante, cuyo nombre no me había molestado en aprender porque ya no estaría allí a mi regreso. Seguramente terminaría despedida incluso antes de llegar al aeropuerto–, tenemos que irnos si no quieres perder el vuelo.

–Sí, ya. –Mi madre puso los brazos en jarras, su típica postura de aeróbic, y me miró de arriba abajo–. Seguirás haciendo ejercicio, ¿no? Sería una pena que recuperaras todos esos kilos.

–Sí.

–Y comerás cosas sanas. Ya te he dicho que te enviaré todos los productos de línea Kiki, para que los tengas en casa de Mira.

–Ya me lo has dicho.

Dejó caer las manos y en ese breve instante volví a ver a mi madre. No a Kiki Sparks, la experta en *fitness* y entrenadora personal de medio mundo. Ni a la Kiki del programa de entrevistas y los anuncios de la tele, esa Kiki que sonreía en paquetes de millones de productos para adelgazar. Solo a mi madre.

Pero el tren se acercaba.

–Ay, Colie –dijo, y me dio un abrazo hundiendo el rostro contra el pelo negro azabache que estuvo a punto de provocarle un ataque de nervios la mañana en que aparecí con él en el desayuno–. No te enfades conmigo, ¿vale?

Le devolví el abrazo, aunque me había prometido no hacerlo. Me había imaginado que permanecería dura y

silenciosa cuando el tren se alejara de la estación, que mi rostro furioso sería la única imagen que se llevaría de mí en su *Tour europeo de fitness* FlyKiki. Pero yo era justo lo contrario a mi madre, y no solo por tener siempre malas intenciones. Aunque yo tampoco pasaba de ahí.

–Te quiero mucho –me susurró de camino al tren.

Entonces llévame contigo, pensé, pero ya se estaba separando de mí, secándose los ojos, y yo sabía que si pronunciaba esas palabras, caerían entre las dos y se quedarían allí, causando más problemas de los que valían.

–Yo también te quiero –le dije. Cuando llegué a mi asiento, miré por la ventana y la vi junto a la entrada de la estación. Su ayudante se removía inquieta a su lado. Me dijo adiós con la mano y yo le devolví el saludo, pese al nudo tenso y palpitante que se me estaba formando en la garganta. Luego me puse los auriculares, subí la música a tope y cerré los ojos mientras el tren arrancaba.

No había sido siempre así.

En mi primer recuerdo real, con cinco años, llevo unas bailarinas blancas y estoy sentada en el asiento delantero de nuestro coche familiar Plymouth Volaré delante de un 7-Eleven. Hace muchísimo calor y mi madre se acerca a mí con dos Big Gulps, una bolsa de Fritos y una caja de bollos Twinkies. Lleva botas vaqueras, rojas, y una falda corta, aunque era la época que llamamos los «Años Gordos». A mi madre, ser obesa –en su peor momento llegó a pesar casi ciento cincuenta kilos– nunca le había impedido seguir las modas.

Abre la puerta del coche y tira dentro el botín. La bolsa de Fritos me rebota en la pierna y cae al suelo.

—Échate para allá —me ordena, y acomoda su corpulencia a mi lado—. Todavía nos queda medio día para llegar a Texas.

El resto de mis primeros recuerdos están llenos de autopistas que vienen hacia mí desde distintos paisajes: desiertos llanos y secos, frondosos pinares, ventosas carreteras costeras flanqueadas por dunas. Solo unas pocas cosas se mantenían constantes: mi madre y yo estábamos gordas, normalmente el siguiente destino no quedaba lejos y siempre estábamos juntas, nosotras dos contra el mundo.

Nuestra última parada había sido Charlotte, en Carolina del Norte, hacía tres años. Nunca había permanecido tanto tiempo en el mismo colegio. Allí fue donde mi madre se convirtió en Kiki Sparks.

Antes era solo Katharine, universitaria fracasada y maestra de pequeños talentos: sabía servir gasolina, vender por teléfono nichos de cementerio o cosméticos Mary Kay, e incluso organizar las citas de un servicio de acompañantes. Lo que fuera, con tal de sacar dinero para la comida y la gasolina, hasta que le volvía a picar el gusanillo de viajar. Pero, al cabo de unos días en Charlotte, presentó una solicitud para un empleo en una tintorería, que no consiguió, y en pleno ataque de frustración se empotró contra un Cadillac en el aparcamiento. Como no teníamos ni un duro, convenció a la dueña del coche, propietaria de un gimnasio llamado Lady Fitness, de que le permitiera trabajar a cambio de los gastos de

la reparación. Empezó limpiando las máquinas y atendiendo el teléfono, pero al cabo de unas semanas se llevaba tan bien con la dueña que esta le ofreció un trabajo a tiempo completo y el carnet del gimnasio gratis. Una semana antes estábamos comiendo sopa de ketchup y fideos, y durmiendo en la parte de atrás del coche; ahora teníamos ingresos mensuales y un apartamento decente. En aquellos Años Gordos, las cosas parecían arreglarse siempre en el último momento.

Mi madre llevaba toda la vida intentando adelgazar. Y en Lady Fitness empezó a lograrlo. Siempre le había gustado bailar, y se enganchó al aeróbic. Asistía a las clases siempre que podía y pasadas una o dos semanas empezó a llevarme con ella. Me daba un poco de vergüenza, porque mi madre era de las superentusiastas: la típica voz que se oía por encima de las demás, mientras, con sus ciento cincuenta kilos, saltaba, hacía el paso talón-puntera, daba palmas y cantaba al ritmo de la música.

Pero las instructoras la adoraban. Unos meses más tarde, una de ellas empezó a ayudarla a preparar el examen de certificación, que le permitiría impartir sus propias clases. Cuando aprobó, se convirtió en la instructora más rolliza en la historia de Lady Fitness, y la más popular. Ponía la mejor música, conocía a todas sus alumnas por el nombre de pila y usaba nuestras historias de los Años Gordos para resaltar el mensaje de que todos podemos alcanzar aquello que nos proponíamos.

A los dos años de nuestra llegada a Charlotte, mi madre había perdido unos setenta y cinco kilos, y yo

veinte kilos y medio. Katharine desapareció, junto con nuestros desayunos de donuts con Cola Cao y nuestros michelines y papadas. Había nacido Kiki.

A ella le encantaba su nuevo cuerpo, tan fuerte. Pero a mí me costó más. Aunque se habían metido conmigo a causa de ellos toda mi vida, los pliegues de grasa me ofrecían un extraño consuelo; me gustaba poder agarrarme la cintura. El peso era como un campo magnético, que me protegía cada vez que caía en un colegio nuevo, y la comida era mi única distracción en las largas tardes, mientras mi madre trabajaba. Y ahora, con casi veintidós kilos menos, ya no tenía nada detrás de lo que ocultarme. A veces, por la noche, en la cama, me pellizcaba la piel de la cintura, olvidándome de que ya no quedaba nada a qué agarrarse.

Mi cuerpo había cambiado y algunas partes de mí habían desaparecido como por arte de magia. Ahora tenía pómulos, músculos, un estómago plano y un cutis perfecto; igual que mi madre. Pero me faltaba algo, algo que nos hacía distintas. Yo era capaz de ganar músculo, pero no confianza. Para eso no había ejercicios.

Aun así, seguí haciendo deporte: aeróbic, *jogging*, pesas. Me impulsaba el eco de las palabras que había oído desde siempre.

«¡Culo gordo!» Me obligaba a hacer diez sentadillas más, con los muslos ardiendo.

«¡Tocinillo!» Me empeñaba en hacer otra tanda de ejercicios, apretando las pesas contra el brazo, aunque me estuviera muriendo de dolor.

«¡Bola de grasa!» Y corría otro kilómetro, lo bastante rápido para, por fin, dejar atrás aquellas voces.

Mi madre y yo nos habíamos transformado: ni siquiera las fotos de nuestros álbumes se parecían a nosotras. A veces imaginaba que nuestros antiguos yos, las gordas, seguían conduciendo por todo el país, como fantasmas, comiendo bolsas de Doritos. Era muy raro.

Mientras tanto, las clases de mi madre en el Lady Fitness cada vez estaban más llenas y las mujeres se apretujaban cadera contra cadera para seguir su evangelio. Fue entonces cuando el canal local de televisión por cable le ofreció hacer un programa en directo por las mañanas, llamado *Levántate y salta*. Yo la veía antes de ir a clase, mientras me tomaba mi yogur desnatado y los cereales integrales con pasas en la mesa de la cocina.

–Me llamo Kiki Sparks –decía al comienzo de cada programa, mientras la música iba ganando intensidad–. ¿Estamos listos para trabajar?

Al poco tiempo, casi podía oír a los centenares de mujeres, y luego miles, que gritaban por toda la ciudad: «¡Sí!».

Fue solo cuestión de tiempo que triunfara por todo el estado, y luego en el país entero. La dueña del Lady Fitness hipotecó su casa para producir un vídeo FlyKiki, que vendió un millón de copias después de que mi madre apareciese en el canal de compras Home Shopping Network y sometiera a la presentadora durante cinco minutos a un ejercicio SuperQuemacalorías. Y el resto es historia; eso sí, desnatada.

Ahora vivimos en una casa con piscina, un cocinero que nos prepara únicamente comidas bajas en grasa y yo tengo mi propio cuarto de baño y televisión. El único inconveniente es que mi madre está ocupadísima propagando

la Kikimanía por el país y por todo el mundo. Pero cuando la echo mucho de menos, puedo encender la tele y buscar su segmento publicitario *KikiDice*: ¡Tú puedes!, y verla, así de simple.

Sin embargo, a veces todavía me acuerdo de los días que pasábamos en nuestro viejo Volaré, en la carretera, yo medio dormida con la cabeza sobre sus rodillas mientras ella cantaba las canciones de la radio. Y echo de menos las autopistas interminables que se extendían frente a nosotras, llenas de posibilidades, que nos guiaban siempre hacia una nueva ciudad y hacia otra escuela donde poder empezar de cero.

Cuando el tren paró en la estación de Colby cinco horas más tarde, la única persona que había esperando era un chico con el pelo por los hombros, camiseta teñida, pantalones militares cortados y sandalias Birkenstock. Llevaba un millón de pulseras de esas de los *hippies* y gafas de sol con montura azul.

Yo fui la única que se bajó en Colby.

Me quedé en el andén y entrecerré los ojos. Era un día muy soleado y caluroso, aunque se suponía que el mar estaba cerca.

—¿Nicole? —preguntó el chico, y cuando levanté la vista dio unos pasos hacia mí. Los pantalones cortos tenían manchas de pintura blanca, y estaba segura de que olería a pachulí o a marihuana si me acercaba a olisquearlo, lo que preferí no hacer.

–Colie –dije.

–Claro. –Sonrió. No le veía los ojos–. Mira me ha mandado a buscarte. Soy Norman.

Mira era mi tía. Le había tocado cargar conmigo todo el verano.

–¿Son tuyas? –preguntó, señalando las maletas que el mozo había amontonado en el andén. Asentí y él se dirigió hacia ellas a un paso lento y perezoso que ya empezaba a irritarme.

Me dio un corte tremendo ver toda la gama de productos Kiki junto a mis cosas. El tonificador de glúteos Kiki Buttmaster, un cartón de KikiSnacks, los nuevos vídeos FlyKiki y casetes con mensajes inspiradores, así como unas cuantas cajas de vitaminas y ropa de deporte, con la cara sonriente de mi madre en todas ellas.

–¡Vaya! –dijo Norman. Tomó el Buttmaster y le dio la vuelta–. ¿Y esto para qué es?

–Ya lo llevo yo –dije, quitándoselo. Durante el trayecto me había imaginado en Colby como la chica misteriosa, diferente; sería la morena desconocida, no contestaría preguntas de nadie. Pero esta imagen era mucho más difícil de mantener cargando con un Buttmaster delante del único chico que había visto en el último año que no me consideraba automáticamente una fulana.

–El coche está por aquí –me indicó, y lo seguí hasta un destartalado Ford familiar que se encontraba en el aparcamiento desierto. Colocó mis cosas en la parte de atrás y sujetó la puerta del maletero mientras yo metía el Buttmaster, que aterrizó con un golpe en el suelo.

Tuvimos que hacer otro viaje para recoger el resto de las Kikintonterías.

–¿Qué tal el viaje en tren? –preguntó. El coche olía a hojas viejas y estaba lleno de trastos, menos el asiento delantero, que se notaba que acababa de despejar. En el asiento trasero había cuatro maniqués, todos ellos descabezados. A uno le faltaba un brazo, a otro una mano, pero estaban bien alineados, como si se hubieran acomodado para el trayecto.

–Bien –respondí, preguntándome qué tipo de colgado había mandado Mira a buscarme. Me metí en el coche y cerré de un portazo. Me vislumbré en el espejo lateral. Con toda la confusión me había olvidado de mi pelo. Era tan negro que por un momento no me reconocí. Norman puso en marcha el coche tras varios intentos, y salimos al cruce vacío.

–Y –me dijo–, ¿te dolió?

–¿El qué?

Me miró y se tocó el extremo derecho del labio superior.

–Eso –me dijo–. ¿Te dolió o qué?

Me pasé la lengua por el interior del labio y sentí el pequeño aro de metal. Me lo había puesto hacía meses, pero me parecía que formaba parte de mí desde siempre: mi piedra de toque.

–No –respondí.

–Vaya –dijo. El semáforo se puso verde; avanzamos lentamente–. Pues tiene pinta de doler.

–Pues no me dolió –repetí, tajante, para que no volviera a preguntarme.

Guardamos silencio mientras él conducía. El coche de Norman era extrañísimo; además de nuestros compañeros de viaje decapitados, había unos veinte animalitos de plástico pegados al salpicadero, en fila india, y un par de grandes dados rojos de peluche colgando del retrovisor.

–Bonito coche –dije entre dientes. Tenía que ser un artista raro de esos.

–Gracias –respondió alegremente, y movió una jirafa roja junto a la rejilla de ventilación. Creyó que lo había dicho en serio–. Todavía no está terminado.

Tomamos un camino de tierra y pasamos frente a unas cuantas casas. El agua resplandecía justo detrás de ellas. Avanzamos hasta el fondo y aparcamos frente a una gran casa de color blanco. Al otro lado del porche vi la playa y el estrecho. Había barquitas meciéndose en el agua.

Norman tocó el claxon dos veces y apagó el motor.

–Te está esperando –me dijo. Salió, se dirigió al maletero y sacó mis cosas, que fue apilando sobre los escalones de la entrada. Plantó el Buttmaster arriba del todo, colocándolo con esmero. No supe si se estaba haciendo el gracioso o qué.

–Gracias –murmuré, decidiendo que sí.

El porche de Mira era de los típicos sureños, ancho, y ocupaba toda la fachada de la casa. Enseguida noté dos cosas. La primera, que había una bicicleta apoyada en la ventana. Tenía alerones como los de un Cadillac sobre la rueda trasera y estaba pintada con aerosol de color rojo brillante, aunque se veía la herrumbre en un par de

sitios. En la cesta de metal que llevaba delante había unas grandes gafas de sol de montura negra.

Lo segundo que noté fue un cartelito colocado sobre el timbre, una tarjeta de cartón que decía en letras mayúsculas normales y corrientes: TIMBRE. Y por si uno era tonto de remate, había una flecha que lo señalaba. Estaba empezando a preguntarme en qué tipo de mundo había aterrizado.

–¿Norman? –Del interior llegó una voz de mujer, que se filtraba por la mosquitera de la puerta–. ¿Eres tú?

–Sí –respondió Norman, que subió los escalones y se apoyó contra la mosquitera, haciendo visera con la mano–. El tren llegó puntual, para variar.

–Otra vez no lo encuentro –dijo la mujer, que pensé que sería mi tía Mira. Parecía moverse muy deprisa, porque su voz se oía al principio muy clara y luego se iba apagando–. Esta mañana estaba aquí, pero luego lo he perdido de vista...

–Ahora lo busco –dijo Norman, que ya estaba mirando hacia el porche y el jardín–. Nunca va muy lejos. Seguramente haya vuelto a tener una historia con ese perro.

–¿Una historia? –pregunté.

–Y de las buenas –me respondió en voz baja, sin dejar de mirar alrededor.

–¿Está Colie contigo? –preguntó la voz, que sonaba más fuerte a medida que se acercaba.

–Sí –respondió Norman–. Aquí mismo.

Esperé a que se abriera la puerta. Pero no se abrió.

–No soporto que haga esto –dijo Mira, y su voz volvió a alejarse. Miré a Norman, que recorría el porche asomándose a la barandilla para escudriñar por debajo.

–Lo encontraremos –dijo Norman–. No te preocupes. Me quedé allí quieta. Era evidente que mi tía estaba tan deseosa de verme como yo de estar allí.

Me senté junto a mi bolsa y apreté las rodillas contra el pecho. Se oyó un ruido entre los arbustos y el gato atigrado más gordo que había visto en mi vida asomó la cabeza para mirarme. Se introdujo entre los barrotes de la barandilla, donde por poco se queda atascado, y se frotó contra mí, dejando un ancho rastro de pelo de gato sobre mis pantalones negros, mi chaqueta y mi camisa. Luego se me subió a las rodillas, me pinchó con las uñas, y se acomodó.

–*¡Gato Norman!* –exclamó Norman, y el gato se volvió para mirarlo moviendo la cola.

–¿Qué? –pregunté.

–¡Lo he encontrado! –gritó Norman.

–¿Sí? –preguntó la voz desde el interior.

–Llévaselo –me dijo Norman–. Te ganarás su adoración.

–No me gustan los gatos –dije mientras intentaba sacarme al monstruo de las rodillas. Ahora estaba roneando con gran estruendo, como una sierra eléctrica.

–*¿Gato Norman?* –llamó Mira–. ¡Ven aquí, pedazo de sinvergüenza!

–Llévaselo –repitió Norman–. Está esperando.

Empezó a bajar lentamente las escaleras. Me di cuenta de que siempre se movía igual de despacio.

Me levanté con el gato en brazos. Pesaba unos quince kilos, tanto como todas mis Kikipesas juntas.

–Hasta luego –dijo Norman, que ya estaba rodeando la casa hacia el jardín trasero.

–¿Colie? –dijo Mira. A través de la mosquitera apenas distinguí una silueta en el pasillo–. ¿Está ahí contigo?

Avancé hacia la puerta con el gato acurrucado contra mí.

–Ya vamos –respondí, y entré.

Lo primero que vi cuando se me acostumbró la vista fue el televisor en el cuarto contiguo. Había un combate de lucha y en aquel momento un hombre gigantesco con una capa y los ojos vendados saltaba para aplastar a otro vestido de licra morada, que se retorció sobre la colchoneta. Cuando el hombre de la capa saltó, con los brazos extendidos, la cámara mostró detrás de él fila tras fila de espectadores horrorizados que miraban cómo caía hacia su víctima. Plof.

–¡Gato Norman! –exclamó mi tía Mira, colocándose justo delante de la tele y abriendo los brazos para abrazarnos a los dos–. Y Colie. ¡Hola!

Mira era obesa, igual que lo había sido mi madre antes de convertirse en Kiki Sparks. Tenía un rostro ancho y llevaba el pelo largo en un moño sobre la cabeza, como si lo hubiera recogido con prisas. Un lápiz y un bolígrafo sobresalían de él. Se había puesto un viejo kimono de color verde intenso estampado con dragones,

una gran camiseta blanca, leotardos negros y chancas. Las uñas del pie eran rosa fucsia.

–¡Colie! –volvió a exclamar, y al instante nos había rodeado con sus brazos tanto a mí como al gato. Olía a una mezcla de vainilla y aguarrás–. Qué contenta estoy de verte. Estás muy cambiada, muy mayor. ¡Y delgada! Parece que el plan de tu madre funciona, ¿no?

–Sí.

Se me metieron en la nariz pelos del gato y empezaron a llorarme los ojos.

–*Gato Norman*, qué malo eres –le dijo al gato, que estaba aplastado entre las dos, ronroneando–. ¿En qué líos te habrás metido esta vez?

El gato estornudó. Luego se liberó de mis brazos, tomó impulso y aterrizó en el suelo con un golpe parecido al del luchador de la tele. Se notaba que no era un gato acostumbrado a saltar; su voluminoso abdomen tardó al menos un segundo en llegar a su destino.

–¡Oh, eres terrible! –le riñó mi tía mientras el gato se alejaba lentamente. Luego me miró, meneando la cabeza–. Es la luz de mi vida, pero ahora mismo está pasando una fase de rabetas y se muestra muy distante. Me hace sufrir muchísimo.

–El gato –dije, para verificarlo.

–Norman –me corrigió.

–Ah, Norman –repetí, mirando hacía fuera donde lo había visto por última vez–. Parece un poco despistado, sí.

–Ah, ¿sí? –Arqueó las cejas–. Bueno, es verano. El calor le afecta mucho, ¿sabes? Deberías ver las bolas de pelo que vomita.

Volví a mirar hacia fuera.

–¿Norman?

–El gato –respondió–. *Gato Norman*.

Señaló una silla, junto a la puerta, bajo la cual se había acomodado y se lamía ruidosamente la pata trasera.

–Ah –dije–. Creí que te referías a...

–Oh, a Norman –me dijo, y rompió a reír tapándose la boca. Tenía hoyuelos, como una niña–. Ah, no, ese Norman no. Bueno, no digo que no tenga bolas de pelo, con lo largo que lo lleva. Pero nunca lo he visto vomitar...

–No lo había entendido –aclaré en voz baja, y volví a sentirme como si estuviera gorda, volví a sentir el peso, como me pasaba siempre que alguien se reía de mí.

–Bueno –dijo ella, enlazando su brazo con el mío–. Es un error comprensible. Al fin y al cabo, al gato le pusimos de nombre *Gato Norman* por Norman Norman. Tienen un temperamento muy similar. Eso, sin mencionar que los dos se mueven a cámara lenta.

–Norman Norman –repetí, mientras entrábamos en la habitación del fondo. Era grande y luminosa y, al igual que el porche, se extendía a lo largo de todo el lateral de la casa. En otro televisor se desarrollaba otro combate, con dos hombres pelirrojos y bajitos con calzones negros que describían círculos sobre el cuadrilátero.

–Pero los necesito a los dos desesperadamente –dijo Mira con dramatismo, lanzando una mirada a la pantalla y después a mí–. Si Norman Norman no viviera en el sótano, no tendría a nadie que me abriera las conservas, y *Gato Norman* es mi niño.

–¿Norman vive en el sótano? –pregunté.

–Ah, sí –respondió con despreocupación mientras se sentaba en un sillón frente al televisor y doblaba el kimono primorosamente sobre las piernas. En la pared había un cuadro grande de Mira y *Gato Norman* sentados en el césped delante de la casa. Ella llevaba un vestido blanco y gafas de sol rosa con forma de estrella; sonreía. *Gato Norman*, a su lado, arqueaba el lomo mientras su mano lo acariciaba. –Vive en el sótano. No me da la lata. La mitad de las veces se me olvida que está ahí.

Me senté y admiré el mar, el agua azul resplandeciente. Había un sendero que llevaba a la playa y cuando estiré el cuello vi una puerta abierta y luego a Norman, que arrastraba uno de los maniqués. A la derecha del camino había una casa más pequeña, pintada igual que la de Mira. Junto a ella, se distinguía una cuerda con una hilera de ropa de colores llamativos ondeando al viento.

–Bueno –me dijo, acomodándose en el sillón–. ¿Qué tal el viaje?

–Bien.

–¿Y tu madre?

–Bien.

Sonrió, mostrando sus hoyuelos.

–¿Te dolió?

–¿Qué?

–Eso del labio –me dijo–. ¡Ay!

–No –le dije–. Nada.

Ella asintió de nuevo. Nos estábamos quedando sin temas de conversación. Miré alrededor. Todo era viejo, con una especie de encanto cursi, y necesitaba algún tipo de arreglo: una mecedora a la que le faltaban barrotes

en el respaldo, una pequeña cómoda con pintura rosa desgastada y sin tiradores, un acuario agrietado lleno de conchas y canicas.

Y cuando miré más de cerca vi las notas. Igual que la de la puerta principal, eran tarjetas escritas con primorosas mayúsculas. LA VENTANA SE ATASCA EN EL LADO IZQUIERDO, se leía en la que estaba junto a la puerta trasera. EL INTERRUPTOR DEL MEDIO NO FUNCIONA, decía otra junto a la llave de la luz en la otra pared del cuarto. Y pegada al televisor, al lado del botón de los canales, mi favorita: MENEAR PARA EL CANAL 11.

Iba a ser un verano larguísimo.

–¡Ay, madre! –dijo Mira de repente, sobresaltándome. Se inclinó hacia la pantalla; como había pasado con el gato, el resto de su cuerpo tardó un poco en llegar a la altura de la cabeza–. Mira ese horrible Gigante. Ni siquiera es su turno y va y se mete en el *ring* para atacar al pobre de Rex Runyon.

–¿Qué? –pregunté confundida.

–¡Fíjate! –Señaló la pantalla–. La novia del Gigante, Lola Baby, lo dejó por Rex Runyon la semana pasada. Y ahora le va a dar una paliza tremenda a Rex. Oh, no. ¿Por qué no lo paran los árbitros? Es absurdo.

Me la quedé mirando; estaba inclinada hacia adelante con los ojos clavados en el televisor.

–Bueno –dije–, está todo...

–¡Oh! –Se llevó una mano a la boca y los dedos de los pies pintados de rosa se encogieron como reacción a algo que estaba viendo–. Le va a hacer el cuatro. Pobre Rex. Ay, mañana no se va a poder mover. No sé por qué al

Gigante le molesta lo de Lola, la verdad, porque es una barriobajera...

–Mira –le dije–, pero sabes que está...

Apartó la vista del pobre de Rex Runyon, cuya cabeza estaban golpeando contra la esquina del *ring* una y otra vez, mientras el público contaba cada golpe.

–¿Si sé qué? –preguntó alegremente. Y por un momento deseé que ella también llevara un cartel, una tarjeta con instrucciones que me indicaran cómo proceder.

–Nada. Se... se me ha olvidado lo que iba a decir –mentí, y ella regresó a la acción. Yo era nueva allí. No iba a ser quien le contara que era todo teatro.

Así que estuve viendo con ella cómo Rex Runyon se recuperaba y atacaba al Gigante. Saltó sobre su espalda y le hizo caer al suelo, como David a Goliat. El sol se ocultó despacio en el agua mientras, abajo, Norman transportaba el resto de los maniqués, agarrándolos por el cuello. Mira daba palmas y vítores totalmente entregada, mientras *Gato Norman*, sentado en la ventana, se lamía las zarpas una a una. Así comenzaba mi verano.